

SEMBLANZAS

EN MEMORIA DE BEATRIZ AGUIRRE

A la profesora Beatriz Aguirre la conocí cuando yo aún era una estudiante de pregrado de la Escuela. Sus clases de literatura eran famosas entre mis compañeros, porque la profe era una apasionada de la literatura inglesa. Esa pasión se reflejó también en su trabajo al frente de la revista *Íkala*, entre 2001 y 2003. Al recibir la dirección de manos de su fundadora Danièle Musialek, Beatriz introdujo varios cambios que supusieron un salto en la profesionalización de la revista. Así, en 2003 *Íkala* había sido admitida en la categoría C de Colciencias, se amplió el espectro de artículos y se ejecutaron propuestas audaces, como traducciones comentadas, un espacio para la poesía, entre otros.

Tuve la oportunidad de trabajar bajo su dirección, cuando siendo yo coordinadora de un programa de inglés, Beatriz era jefa del Centro de Extensión de nuestra dependencia. Del tiempo que compartimos, guardo en mi memoria su amor por los libros y por la música. La recuerdo llegar y salir de la oficina cantando o preparándose para ir a ensayar con su amado coro.

La Beatriz de la que me despedí en el 2004, cuando yo me iba al extranjero a adelantar estudios de posgrado y ella se trasladaba a la Facultad de Comunicaciones, no fue la misma que encontré a mi regreso, en 2010. La veía andar lentamente por los pasillos. Aún en ese momento, podía levantar la cabeza y dibujar una sonrisa que le iluminaba su cara, mientras me preguntaba por mi vida y mi familia, o hacía un comentario que nos hiciera reír. Admiro su compasión y la inmensa fortaleza que tuvo en sus últimos años de vida, a pesar de las dificultades impuestas por la enfermedad. Me dio profunda tristeza decirle adiós en su funeral. Me alegro de haberla conocido y de que hubiéramos tenido la oportunidad de tenerla en nuestras aulas.

Paula Echeverri Sucerquia
Directora Escuela de Idiomas
Mayo, 2017

BEATRIZ AGUIRRE: EL CANTO DE LOS PÁJAROS

Conocí a Beatriz Aguirre a finales del 2002. Ese conocimiento debió pasar por las chanzas que ella hacía a quien, finalmente, hubo de llevarla a la muerte. A su tumor cerebral, benigno en un principio, ella lo llamaba “el inquilino”.

Se burlaba, con aire bonachón, de algo que a mí me parecía temible. Pero ella decía que se trataba de un extraño, en cierto modo simpático —le hacía temblar levemente las manos, la había hecho engordar, la hacía soñar cosas raras— que, de un día para otro, había llegado para quedarse en su cuerpo.

Beatriz fue una bella mujer y una profesora especial. Amaba los idiomas y la literatura. Realizó en Estados Unidos sus estudios superiores. Y se sentía orgullosa de trabajar en la Universidad de Antioquia. Admiraba a Charles Dickens y, en general, la gran literatura escrita en lengua inglesa del siglo XIX. También se ocupó de la literatura colombiana y latinoamericana. Le gustaba leer a Soledad Acosta de Samper y a Tomás Carrasquilla. Sin embargo, tenía una pasión todavía más profunda: la música. Fue ese abrazo entre literatura y música lo que nos aproximó tanto. A ella como a mí nos gustaba trazar en las clases puentes que comunican estas dos artes del tiempo para estremecerlas. Pero Beatriz era más genuina y espontánea en las clases que yo. Les cantaba a los estudiantes, porque creía que si había un alimento esencial, para el cuerpo y el espíritu, ese alimento era el canto.

A veces hubo burlas en nuestro departamento de lingüística y literatura porque Beatriz cantaba a toda hora. Lo hacía no solo en las clases, sino también en las pesadas reuniones académicas, en los alborotados pasillos de la Facultad de Comunicaciones, en los jardines espléndidos de nuestra Alma Mater. Cuando íbamos a tomar café, cuando deambulábamos por los senderos del Carlos E. Restrepo, su último barrio; hablábamos de su inquilino, de su hermana enferma de los pulmones, de sus sobrinos díscolos, de las novelas de Dickens y los oratorios de Haendel. Y mientras nuestro palique iba y venía, Beatriz estaba siempre pendiente del canto de los pájaros. Yo presenciaba ese diálogo de una mujer sola con las pequeñas avecillas del mundo y sonreía. Sonreía, con algo de tristeza, porque concluía que yo no podía ser tan limpio como para cantar con esos seres alados que diariamente nos acompañan.

Al cabo de los años, aquel inquilino se volvió maligno. Beatriz se hizo operar por consejo de su neurólogo de cabecera y comenzaron los padecimientos. De la noche a la mañana, por una operación torpe, Beatriz quedó semiparalizada. Recuerdo que antes de la operación la llamé desde París donde pasaba mi año sabático. Me dijo que era lo mejor y le deseé suerte. Esa suerte nunca vino. O si vino, lo hizo a tropiezos. Además de perder una buena parte de su motricidad, Beatriz salió de aquella operación sin voz. El soporte de sus días, el canto, desapareció. La vida es injusta, pensaba yo cuando la veía. Nos mima y nos reduce. Nos da lo más sublime y también lo más precario. Pero Beatriz creía otra cosa. O se comportaba de tal manera que su difícil situación parecía no afectarla excesivamente. Sus últimos años fueron, en realidad, una prueba suprema y ella, gracias a su fuerza interior, la pasó con holgura.

Al salir de la crisis de su operación, en 2009, ella me confesó algo. Yo le había regalado mi libro *Solo una luz de agua, Francisco de Asís y Giotto*. Su lectura

fue su soporte en medio de esas jornadas arduas. Ese libro tuyo, recuerdo que me dijo, tan pequeño y delicado, me salvó de hundirme en la desesperación. Cada vez que me angustiaba bebía en la belleza de ese libro y me reconfortaba. Esta confesión la tengo como una de las más esenciales justificaciones de mi oficio de escritor. Y siempre que me acecha la incapacidad de escribir, atribulado por los fantasmas de la impotencia y el escepticismo, acudo a esas palabras tuyas como quien busca un bálsamo.

La última vez que la visité ya estaba postrada. No daba clases en la universidad desde hacía un tiempo, y nosotros, sus colegas, hacíamos todo lo posible para aligerarla de las responsabilidades académicas. Esa tarde estaba de mal genio porque la mezquindad de su EPS le negaba el medicamento que urgía bajo argumentaciones burocráticas. Se quejaba de que sus empleadas —nadie en su familia podía ocuparse de ella— la maltrataban. Ya no le provocaba leer y pocas veces escuchaba música. Pero, en medio de su profundo malestar, me preguntó por mi familia. Le mostré fotografías de mis hijas y me sonrió diciéndome que eran bellas como dos flores.

Luego gané un premio literario muy importante y vinieron mis viajes por el mundo. Pero siempre me decía que debía visitar a Beatriz. Que debía hablar una vez más con ella y contarle de mis audiciones de Arvo Pärt y Gorecki. Quizás si le refiriera algo de Josquin de Prés y de Palestrina ella sentiría una frescura efímera necesaria para sus dolencias. Pero me llegó otro premio y más compromisos y los días pasaron y no pude otorgarle mi despedida. Me siento infortunado porque Beatriz no merecía de mí ese abandono. Y aprovecho estas palabras, que escribo en su memoria, para ofrecerle mis excusas. Espero que su espíritu, donde esté, pueda dármele. Beatriz murió en un hospital geriátrico de Envigado en febrero de 2017, separada de sus seres queridos, aislada como si fuera una anciana inútil. Hacía unos meses no podía hablar y estaba siempre en la cama con los ojos cerrados. Quiero creer que al morir algún pájaro cantó para ella en el momento de su partida.

Pablo Montoya

Milán, abril de 2017